



Lo más cuestionable es que la obra induce o propicia al error de arribar a conclusiones equivocadas, es decir, el trabajo se plantea como un resultado de que ya se han identificado biológica, fisiológica, psicológica y psiquiátricamente los factores de la conducta violenta

Octavio Alberto Orellana Wiarco¹

Introducción

En el año 2008 aparece publicado el libro *Mentes asesinas. La violencia en tu cerebro*, de la pluma de la Dra. Feggy Ostrosky-Solís, editado por Hachette Filipacchi Expansión, de la ciudad de México. La obra en mención señala en su portada: "Todos somos un psicópata en potencia. Conoce los factores que desatan este trastorno de la personalidad". Agrega en la citada portada que el trabajo presenta el expediente de Juana Barraza, "La Mataviejitas".

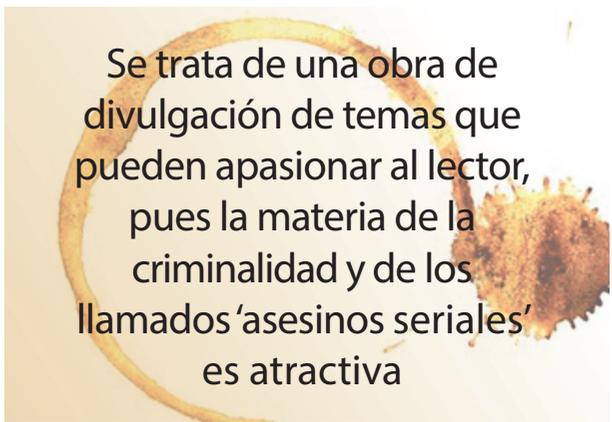
La obra en cuestión en su índice desglosa los capítulos bajo los siguientes títulos: I. "Comprender la violencia"; II. "Las emociones y el cerebro"; III. "La cuna de la violencia"; IV. "Maldad y psicopatía"; V. "Aniquilar para dominar" y VI. "Juana Barraza: de víctima a multihomicida". Se agrega una Presentación, una Introducción y al final una Conclusión.

¹ Su principal actividad ha sido el ejercicio de la abogacía y la docencia. Se desempeñó como juez penal en Coahuila. Obtuvo el título de doctor en derecho en el 2002 y se ha desempeñado como juez penal. Es autor del *Manual de criminología, La teoría del delito, El delito de defraudación fiscal, La individualización de la pena de prisión y grafoscopia y Seguridad pública*, entre otros.

Objeto de este opúsculo

Nos llamó la atención la obra *Mentes asesinas* por lo llamativo de sus propuestas y una vez que concluimos su lectura varias reflexiones nos acudieron a nuestra mente.

La principal tiene que ver con el carácter científico que se pregona en la propia obra, de ahí este opúsculo tiene por objeto llevar a cabo el análisis de los interesantes temas que se mencionan en ese trabajo y considerar si éstos se abordaron con el rigor de científico que se proclama y que “pretende desentrañar los secretos neurológicos de la violencia para, en el mejor de los casos, prevenirla y evitarla”, como se enuncia en la contraportada de este libro.



CARÁCTER CIENTÍFICO DE LA OBRA

En la página dedicada a la presentación del trabajo que se examina, se cita que la obra es el “resultado de años de trabajo de la doctora Feggy Ostrosky-Solís y su equipo de asistentes. Investigadores que han cumplido con su labor de atender, a través de la ciencia... saber sobre el problema de la violencia criminal”.

Se puntualiza que la doctora Ostrosky “indagó, analizó y obtuvo resultados utilizando las más actualizadas técnicas neuropsicológicas, electrofisiológicas y de neuroimagen, lo que generó una precisa base de datos acerca del comportamiento de los criminales más temibles de la historia reciente de nuestro país... merece especial mención el trabajo que Ostrosky llevó a cabo en el caso de Juana Barraza –la ‘Mataviejitas’–... cuyo expediente neuropsicológico se presenta como un documento sin precedentes y un punto de partida de inspiración para futuras indagaciones” (págs. 17 y 18).

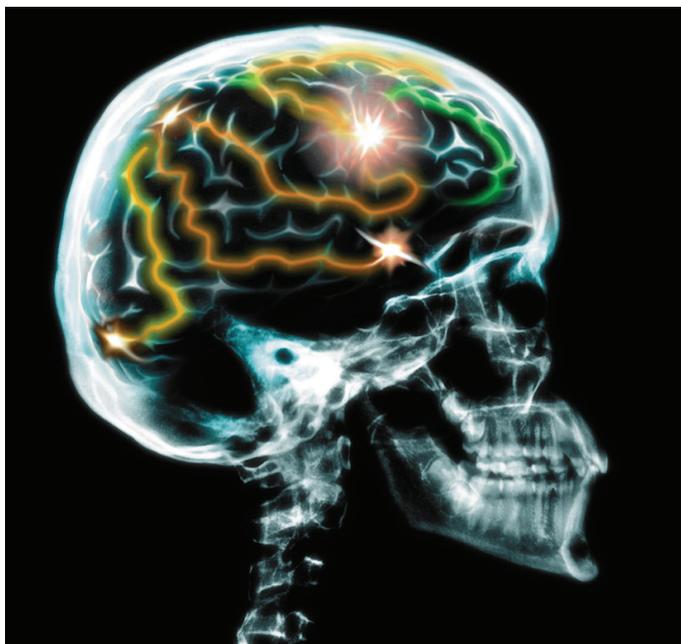
En el apartado de Introducción de la obra que se examina se asevera que la “evolución de las neurociencias nos ha permitido sondear y develar algunos de los oscuros misterios de la mente humana... y para alcanzar este objetivo, hemos realizado durante años un completísimo estudio multidisciplinario en la mente de los peores criminales que ha conocido la historia reciente” (pág. 19). La introducción concluye afirmando que “este libro plantea la existencia de mecanismos sociales, biológicos y genéticos que tienen un papel decisivo en la configuración del libre

albedrío, así como los resultados de múltiples estudios de formas extremas de comportamiento, con el fin de comprender la tenue frontera que divide lo normal de lo patológico y lograr, algún día, descifrar en su totalidad el fenómeno de la violencia y, en su momento, evitarlo” (pág. 20).

En resumen, *Mentes asesinas* se propone como una investigación científica “sobre una base de datos del comportamiento de los criminales más terribles de la historia reciente de nuestro país”.

Sin embargo, a lo largo de la obra prácticamente no se identifican cuáles son los “criminales más terribles de la historia reciente de nuestro país”; en efecto, menciona el caso de Diego Santoy, llamado “El asesino de Las Cumbres” porque el lugar en que se produjeron sus actos crimi-

nales es la colonia Las Cumbres, en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, en el año 2006; también se habla de Juan Luis Rojas, que no es su nombre auténtico, el cual, sin embargo, la propia autora señala que “no se puede ser clasificado como un psicópata” (págs. 98 y 99). Otra referencia es la de Roberto González Ruiz, que no es su verdadero nombre, a quien clasifica su conducta en trastorno de personalidad antisocial, y se le puede definir como un psicópata (págs. 140 y 141); incluye brevísimas menciones de asesinos seriales, todos extranjeros, en sus páginas 148 a 150, y a Juana Barraza Samperio, como la más célebre de las asesinatas seriales mexicanas desde las llamadas “Poquianchis” (?) (página 150). Invoca a Aileen Wuornos, norteamericana calificada de asesina serial, de quien la



Dra. Ostrosky se pregunta si “¿es posible heredar la maldad criminal?” y se responde que “es poco probable”, pero que en el asunto de esta asesina “hay indicios de que puede ser” (pág. 152).

Debe resaltarse que, contra lo afirmado al inicio de la obra *Mentes asesinas*, la precisa base de datos del comportamiento de los criminales más terribles de la historia reciente de nuestro país no aparece con precisión, sino más bien se trata de referencias que se llevan a cabo de casos de otros países, y el uso de calificativos como “probablemente”, “poco probable”, “hay indicios de que puede ser”, son frases que a lo largo de la obra, a nuestro juicio, descalifican las supuestas “investigaciones científicas” que menciona la autora, y que son una constante a lo largo de la obra *Mentes asesinas*.

La autora cita el caso de Luis Alfredo Garavito (colombiano) en sus páginas 156 y 157, como asesino en masa, y menciona a otros varios casos ocurridos en el extranjero (páginas 166 y 167).

La doctora Ostrosky hace referencia, al estar tratando el problema de los psicópatas, al caso del mexicano Goyo Cárdenas, condenado por homicidio de cuatro mujeres ocurridos en 1942 en la ciudad de México (lo que lo ubica fuera de ser un pasado histórico reciente) y donde, según lo apunta la autora, el diagnóstico fue confuso, pues se le catalogó como esquizofrénico, necrófilo con desdoblamiento de personalidad, heredihético obsesivo, epiléptico psíquico (sic), entre otros (páginas 172 y 173).

Suponiendo la existencia de los datos del 3% en hombres y 1% en mujeres estamos muy, pero muy lejos de la cita que hace la doctora Ostrosky, en el sentido de que “todos somos un psicópata en potencia”



Dedica la doctora Ostrosky el sexto y último capítulo al caso de Juana Barraza “La Mataviejitas”, al que más adelante nos referiremos.

Podemos considerar en general que la obra no cumple con la expectativa de llevar a cabo un exhaustivo análisis de los criminales más temibles de la historia reciente de México, pues en esa categoría sólo menciona con cierto detalle el caso de Diego Santoy y el de Juana Samperio. Del primero apunta que un estudio psicológico concluyó que se trataba de un paciente con personalidad antisocial y desde la perspectiva psiquiátrica cumple con los criterios de personalidad limítrofe, que suele relacionarse con otras personalidades problemáticas, como celos patológicos que suelen ser destructivos.

La doctora Ostrosky en el caso de Diego Santoy se plantea hipótesis sobre el

PODRÍA CONSIDERARSE que la obra de la doctora Ostrosky solo menciona detalles de casos de asesinos mexicanos; asimismo, plantea hipótesis basadas en supuestos del desarrollo de hechos delictivos.

desarrollo de los hechos delictivos, como la de que Diego sostenía relaciones sexuales con la madre de Erika “y que todo fue una venganza por parte de la joven hacia la madre”, en la que ella y el llamado “Asesino de Las Cumbres tenían un pacto criminal, incluso suicida (?)”.

La información que proporciona la autora y la que aparece probada en el expediente judicial nos lleva a considerar que esa “descabellada” teoría es una argucia defensiva del asesino.

Ahora bien, lo menos que puede hacer un científico al abordar una serie de “suposiciones” o de “hipótesis” no demostradas es descartarlas como válidas en explicaciones de orden científico.

Metodología científica del trabajo

Conviene, aun cuando sea en forma somera, mencionar qué se entiende por metodología científica.

Para un reconocido criminalista mexicano la metodología científica se define diciendo: “La metodología científica es la disciplina que se ocupa del estudio crítico de los procedimientos que permiten llegar al conocimiento de la verdad objetiva en el campo de la investigación científica”².

La anterior definición se refiere a los procedimientos que permiten arribar a la verdad en el campo de la investigación científica y estos procedimientos son los métodos, y su variedad es prácticamente infinita, pues dependerá cuál es el fenómeno que se estudia y así elegir el o los métodos apropiados.

A su vez, el método se puede definir como el procedimiento que a través del análisis y la síntesis, conduce a una conclusión cierta o conocimiento y entre sus características se puede mencionar que el conocimiento requiere ser comunicable, verificable y sistemático. El criminalista que invocamos señala que en la investigación científica se debe actuar con honradez intelectual que exige, entre otros aspectos, apearse estrictamente a hechos comprobados.

En el caso que nos ocupa, la obra *Mentes asesinas* se presenta como una obra de divulgación de carácter científico, de ahí que el método principal que el trabajo debe reflejar es el llamado método de investigación documental, porque los planteamientos que se van ofreciendo al lector se apoyan en fuentes documentales³.

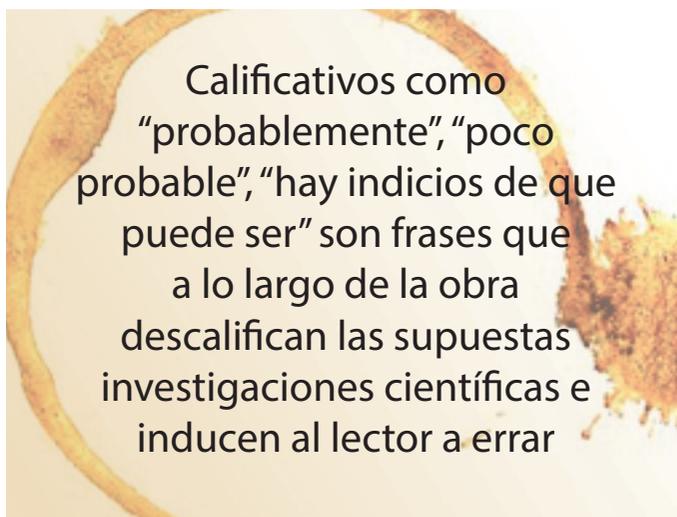
Ahora bien, la investigación documental requerirá que las fuentes en que se apoye el trabajo

deben considerar el reconocimiento científico que se conceda a los investigadores y a las investigaciones que sean utilizadas, mencionando en forma obligada el nombre del autor y de la obra, la editorial que la publicó, el país o ciudad en que se publicó, la página en que aparece el texto que se transcribe, el cual debe presentarse debidamente entrecomillado, el traductor, en caso de que sí se señale en la publicación, datos que permitirán al lector corroborar, constatar o ampliar la información que se proporciona.

Estas exigencias metodológicas deberán ser corroboradas en el análisis de la obra *Mentes asesinas* para asegurar o no su carácter científico.

ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS CAPÍTULOS DE LA OBRA MENTES ASESINAS

1. “**Conductas violentas**”. El primer capítulo dedicado a definir las conductas violentas, en donde incluye temas sobre tolerancia y educación de las emociones, la doctora Ostrosky deriva en ocasiones en aspectos colaterales al tema,



como cuando propone cuestionarios para autoevaluar problemas emocionales relacionados con la violencia.

Este capítulo aborda tal cantidad de temas y conceptos que adolece, a nuestro juicio, de una sistematización de índole científica, donde el material bibliográfico no se encuentra identificado debidamente, pues generalmente se cita al autor y la universidad, pero no las obras y obviamente no se identifica la fuente bibliográfica, ni precisa páginas donde aparecen los tópicos que menciona.

Por ejemplo, dedica espacio al programa *La ciencia del Yo*, que se debe a Karen Stone MacCown, directora de la llamada Nueva Escuela de San Francisco, sin más datos que identifiquen dónde puede consultarse este programa. Suponemos que en México no se ha aplicado este programa pues no lo menciona la autora, sí hay cita de estadísticas sobre el éxito de mismo, pero tampoco se citan posibles opiniones que cuestionen el programa o aspectos del mismo.

² Moreno G., Rafael. *Metodología de la investigación científica*, editado por el autor, México, 1979, pág. 23.

³ Consultar al respecto la obra *Investigación a tu alcance 1*, de Jaime Maravilla Correa y otros. Ed. Universidad Iberoamericana, Plantel Laguna, México, 1997, pág. 29.

2. **“Emociones y cerebro”.** El capítulo segundo dedicado a las emociones y el cerebro plantea estudios experimentales y antropológicos limitados a ideas generales y sin el apoyo de citas bibliográficas correctas, salvo mención del nombre de algún autor y aventura una posición determinista de la conducta (de tipo positivista neolombrosiana) cuando señala “que se ha comprobado que las alteraciones en la corteza prefrontal producen conducta antisocial y violenta”, sin sustentarlo con citas bibliográficas completas de investigaciones que así lo señalen, pero que predisponen al lector a aceptarlo como verdad científica.

Describe en forma general técnicas para el estudio del cerebro, entre otras de neuroimagen, como la resonancia magnética nuclear, la tomografía por emisión de positrones, registros electroencefalográficos o computarizados; agregando que estas complejas técnicas se están aplicando en el desarrollo de detectores de mentiras como una muestra de hasta qué punto la ciencia y la tecnología han avanzado en el intento de develar los secretos más íntimos del cerebro. Sin embargo, este capítulo adolece, como en los demás capítulos, de señalar obras, editoriales, páginas, etc., de índole bibliográfico, así como de señalar si se han planteado objeciones a este tipo de técnicas.

3. **“Factores en la violencia”.** El tercer capítulo relativo a la violencia, donde considera que en la causa de la misma se deben de estudiar desde factores psicológicos en relación a variables sociales y además se refiere a factores genéticos interactuando con los ambientales. La generalización de estas causas, a nuestro juicio, no permite profundizar en estos temas. Ciertamente que menciona conceptos de violencia primaria contra (sic) violencia secundaria, aclarando que si la persona no tiene –intención– de causar daño no se presenta la violencia, pero agrega que algunas personas sin estar concientes pueden tener conductas violentas, lo que resulta contradictorio, salvo que habría que determinar cuáles personas quedarían fuera de la regla general, lo que se señala.

Menciona la autora un estudio sobre metabolismo ce-

rebral en personas habituadas a ingerir dosis de éxtasis (droga) más de doscientas veces en los últimos once años y que a mayor consumo de droga era mayor la disminución de serotonina que “puede ser” responsable, a largo plazo, de la aparición de una neuropatología “aún por determinar”.

Podemos señalar que esta ambigüedad conceptual consignada en los términos “puede ser” y “una neuropatología aún por determinar”, refleja la falta de rigor científico y lo más grave es

que induce al lector a errar, pues primero se extiende en explicaciones de investigaciones que al parecer proporcionan explicación de correlación entre consumo elevado de drogas por años y efectos cerebrales, para concluir en afirmaciones que dejan en incertidumbre sobre el resultado de tales investigaciones.

Esta forma de planteamientos se suceden a lo largo de la obra y que a nuestro parecer no son honestas, pues más bien parecen trampas para que el lector concluya erradamente que existen hallazgos “científicos” cuando distan de ser tales.

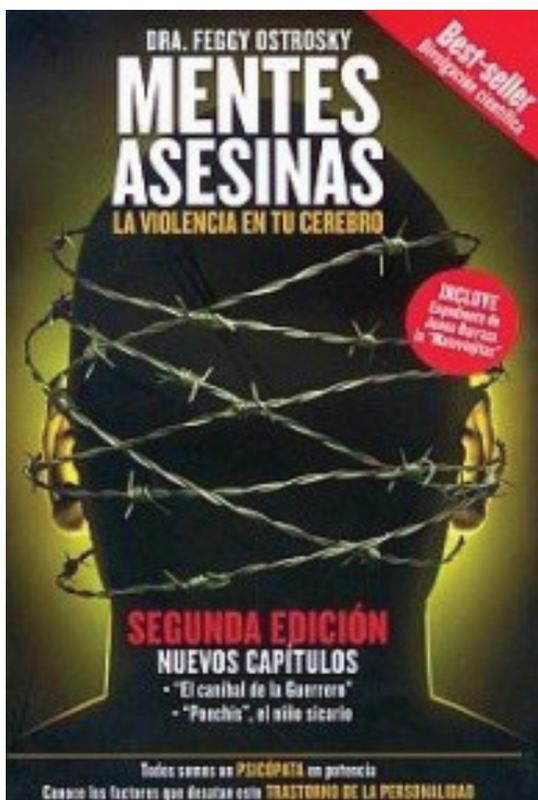
En este capítulo menciona el caso de Diego Santoy Riverol⁴ y sobre el particular Ricardo Martínez Loyola escribió: “Refiere la doctora Ostrosky-Solis, que de acuerdo con estudios

psicológicos, Diego no presenta alteraciones en el contacto con la realidad, no reporta alucinaciones o delirios y concluye diciendo que presenta un trastorno de personalidad antisocial”, sin embargo, en el siguiente punto intitulado “Una vivencia paradójica” se señala que desde la perspectiva psiquiátrica, Diego Santoy cumple con los criterios de una personalidad limítrofe, lo que contraviene a lo antes expuesto y aún más, posteriormente señala la autora que “Diego Santoy es a todas luces un mentiroso patológico y que una característica que aparentemente disparó los asesinatos cometi-



DIEGO SANTOY Riverol “El asesino de Las Cumbres” fue sentenciado a prisión en el año 2006 por presuntamente intentar matar a su exnovia y asesinar a los dos hermanos menores de edad de esta.

⁴ En el año 2006 en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, en la colonia Las Cumbres asesinó a familiares de su novia y lesionó a la misma.



dos por Diego fueron los celos patológicos⁵.

Por nuestra parte abundamos en las contradicciones de la doctora Ostrosky, relativas al caso de Diego Santoy, pues en el curso de la obra *Mentes asesinas*, en el capítulo IV, señala que la psicopatía no es un trastorno mental, sino un trastorno de la personalidad (pág. 111), sin embargo considera que Diego padecía de una patología mitómana, o bien, de celos patológicos. Es decir, a nuestro juicio, señalar que la psicopatía es un trastorno de personalidad y después antisocial, y después agregar que cumple con criterios de personalidad limítrofe, y a ello sumar que es a "todas luces una mentiroso patológico, y por último que el "disparo" que aparentemente ocasionó los asesinatos fueron los celos patológicos, nos lleva a una abanico de posibilidades donde no queda claro cuál fue el problema, de los que menciona la autora, el que produjo el resultado de su conducta criminal.

Tampoco queda demostrado, a nuestro juicio, la afirmación de la doctora Ostrosky de que "cárceles de todo el mundo están llenas de individuos con

personalidades antisociales o sociopáticas", pues eso obligaría a presentar estudios efectuados en todas las cárceles del mundo para asegurar con visos de científicidad esta aseveración, lo cual no acredita con los estudios respectivos, ya que se limita a decir "que más adelante se presenta un caso que ilustra este tipo de personalidad" (pág. 97).

La autora comentó en cita la violencia impulsiva y conexiones cerebrales donde en lesiones cerebrales en la infancia se descubrió entre 500 sujetos estudiados incapacidad cerebral para regular adecuadamente las emociones. Así, agrega, alteraciones en las regiones orbitofrontales pueden explicar la falta de empatía y arrepentimiento que caracteriza a los psicópatas y criminales de cuello blanco. De la misma manera como existe la posibilidad planteada, en el caso de la violencia premeditada, explica que en estos casos es probable que se involucren los mismos sistemas neurocognitivos.

Reitera la autora, después de abundar en la exposición de alteraciones cerebrales, las palabras "pueden", "posibilidad", "es probable", que descartan los resultados como seguros y los dejan en calidad de "posibilidad".

4. **"Trastornos de la personalidad"**. El cuarto capítulo lo dedica la autora al trastorno de personalidad denominado psicopatía, aún cuando señala que no todos los psicópatas cometen crímenes; ser psicópata no es sinónimo de ser criminal (pág. 114) y puede llevar una vida ordinaria, pero suelen tener una vida persona caótica, de personalidad ambivalente, calificados como seres "sin alma" por su comportamiento sádico. Cita la autora un estudio de la fundación Mac Arthur (sin más datos bibliográficos) de que la incidencia en la población normal es de uno a tres por ciento y en la población reclusa la psicopatía llega hasta el 25 por ciento, sin que se explique de dónde se obtuvo esta información, qué estudios la respaldan, a cuántos penales se refiere, de qué tipo de delitos, etc.

En el estudio del cerebro del psicópata donde menciona estudios que arrojan diversos resultados, destaca el que dedica a la "teoría del gen egoísta", pero después de explicarnos esta teoría, parece descartarla en buena medida al asegurar "pero no todo está determinado por la química cerebral" (pág. 124) sino a una serie de factores medioambientales o problemas de bajo estima, etc., para concluir diciendo:

"En resumen, para poder desarrollar una personalidad psicopática en el sentido estricto del concepto es necesario sumar varios factores: las características temperamentales (sic) heredadas; deficiencias en el funcionamiento cerebral; la ausencia de control y aprendizaje emocional (sic); experiencias de abuso durante la infancia y una relación padre-hijo sin apego" (pág. 125).

A lo anterior agrega la doctora Ostrosky predisposiciones biológicas, incluidas las genéticas, factores psicológicos y sociales y aún agrega los fisiológicos de base biológica sobre el cual el ambiente ejerce su influencia.

A nuestro juicio, la larga exposición del estudio del cerebro con explicación de tipo fisicoquímico biológico y genético, induce al lector a darle un valor desmesurado a estos factores, cuando al final concluye con un resumen

⁵ Martínez Loyola, Ricardo. Análisis de la obra "Mentes Asesinas" de la Dra. Feggy Ostrosky-Solís, trabajo elaborado en la materia de criminología en el curso de maestría, en la Facultad de Jurisprudencia, de la Universidad Autónoma de Coahuila, México, abril de 2012, pág. 12.

de una multiplicidad de aspectos que la propia autora resume diciendo: "para llegar a ser verdadero criminal es necesario tener todas las cartas necesarias" (pág. 125).

Sobran comentarios, pues la complejidad de todas las "cartas" descarta la posibilidad de aceptar como única la de alteraciones, deficiencias, trastornos, etc., del cerebro, en lo que estamos de acuerdo, donde diferimos es en la omisión de la doctora en citar apropiadamente el apoyo bibliográfico que se exige en un trabajo científico y la inducción que hace hacia al lector de que la explicación sobre el cerebro es la clave del problema; en efecto, y para demostrar la insistencia en la propuesta psicobiologista, la obra señala, después de enumerar la multiplicidad de factores ya señalados, una pregunta: ¿Estamos rodeados de psicópatas?, y en realidad la autora en la página 126 de su obra responde que podríamos caer en la idea de que estamos rodeados de psicópatas y aceptando, de su parte, la cifra del tres por ciento de hombres y uno por ciento de mujeres en relación a la población del país entre 20 y 50 años, tendríamos un "gran total" de 840 mil 194⁶, esta cifra no esta corroborada con estudios llevados a la población de México, y resulta de una "evaluación de riesgo" de la fundación MacArthur, que se instrumentó en EU, y de la que no señala fecha, ni ningún otro dato preciso, lo que resta de entrada tomar esta información como de índole científica y aplicarla a un país y población como la de México.

Más aún, suponiendo la existencia de los datos del tres por ciento en hombres y uno por ciento en mujeres estamos muy, pero muy lejos de la cita que hace la doctora Ostrosky de que "todos somos un psicópata en potencia".

Al final del capítulo IV, págs. 138 y sigs., la autora plantea que la psicopatía se complica en el terreno legal y médico, y de que a la fecha -no se dispone todavía de terapias- eficaces, pero que se ha comenzado a avanzar en entrenamiento de habilidades para fomentar la empatía del psicópata, con enfoques psicoterapéuticos, educacionales y sociales.

La propia autora acepta que las soluciones de tipo psicoterapéuticas por las que ella se inclina, todavía se encuentran en una etapa de propuesta en nuestro país, o de incipiente aplicación.

5. "El asesino serial". El capítulo V lo destina la autora al tema del asesino serial, como una clase del asesino psicópata, ejemplo clásico de personalidad antisocial.

Para la autora pocos estudios científicos y psicosociales describen seriamente las características de los asesinos seriales (pág. 145) y agrega que:

"Los estudios parecen coincidir en que la mayoría de los asesinos seriales han desarrollado este trastorno desde su más temprana infancia, generalmente marcada por episodios



AILEEN WOURNOS es evocada en el libro y citada como ejemplo de que "hay indicios" de que esta asesina pudo "heredar la maldad criminal".

traumáticos y condiciones de vida adversas" (pág. 147).

La doctora Ostrosky dedica páginas a los asesinos seriales (hombres y mujeres) anticipando que existen pocos estudios científicos sobre el tema y al referirse a asesinos seriales agrega que estudios parecen coincidir en que desarrollan trastornos de este tipo de criminal.

Dicho en otras palabras, la doctora Ostrosky habla de pocos estudios, y de estos parecen coincidir en las características de personalidad psicópatas, lo que lleva a considerar que las páginas que dedica a los asesinos seriales deben tomarse con cautela.

Hace mención la autora de los asesinos en masa, diferentes a los seriales, de los cuales no existen recetas para detectarlos y seguirán siendo campo fértil de muertes debidas a asesinos de este tipo (pág. 162).

Afirma la doctora Ostrosky, citando a un autor, que la existencia o no de factores biológicos determinantes de la conducta homicida en gran escala es un tema muy controversial (pág. 163), sin embargo, pasa a detallar un estudio realizado por la psicóloga puertorriqueña Angie Vázquez (sin proporcionar datos de la publicación de esos estudios), y ello induce al lector a considerar que los factores biológicos que menciona ya están demostrados científicamente.

En ese tenor vacitando a autores como Stephen Holmes, David Cooke, José Sanmartín, etc., sin mencionar, como ya lo hemos referido constantemente, las fuentes bibliográficas de esos autores, pero que

⁶ Los porcentajes que se precisan difieren de los que la propia autora señala en la página 117 de su trabajo, es decir, en la página mencionada señala "que la incidencia de la población de individuos psicópatas es del 1 al 3% y basada en la misma investigación de la fundación MacArthur considera psicópatas al 3% en hombres y agrega el 1% en mujeres, independientemente de que son datos de la sociedad norteamericana y no de la mexicana.



predisponen al lector a la aceptación de sus ideas.

Sin embargo, como ya es una constante en el trabajo de la doctora Ostrosky vuelve a poner en duda la cientificidad de los argumentos expuestos, pues dice:

“Desde el punto de vista neurobiológico, se ha supuesto que gran parte de los asesinos organizados que manifiestan una violencia depredadora, probablemente existe una amígdala y un hipotálamo hiperactivos, órganos en donde han acumulado su rencor, enojo y frustración durante largo tiempo” (pág. 170).

Del párrafo anterior las palabras en negrilla lo fueron de nuestra parte para resaltar que las conclusiones son supuestas y la existencia de problemas neurobiológicos son probables, es decir, no existe una demostración

científica de que sea veraz lo afirmado, pero esto parece no ser obstáculo para la autora al referirse a los asesinos organizados cuando afirma:

“No hay que olvidar que, como se dijo en el capítulo dos, éstas son las regiones que disparan el miedo y la ira... en los psicópatas, esta región (orbifrontal) en lugar de regular la conducta

como le corresponde, coloca todas su capacidades al servicio de los malévolos planes concebidos” (págs. 170 y 171).

En cuanto a los asesinos desorganizados la autora considera que el mecanismo neurobiológico es diferente aseverando “probablemente subdesarrollada e incapaz de

controlar los impulsos agresivos disparados por la amígdala y el hipotálamo” (pág. 171).

Nuevamente lo argumentado queda supeditado a probabilidades.

Más aún, la autora cita a Roger Masters, sin hacer referencia al apoyo bibliográfico, de “otras posibles causas en la génesis de la personalidad psicópata asesina”, y donde el especialista que refiere ha manejado una “interesante hipótesis donde supone que existe contaminación ambiental y el crimen violento de las ciudades, agregando que es un polémico estudio.

En el capítulo V concluye la autora que como no es posible

explicar la conducta del asesino serial únicamente por la fisiología o la genética se tomarán en cuenta factores ambientales y psicológicos (pág. 176), sin embargo, insiste en considerar como base de estudio el modelo de Walters para explicar los procesos psicológicos implicados en las conductas delictivas y violentas y después de describir cuatro aspectos del “estilo de vida criminal” de este investigador, incluye factores sociales

La precisa base de datos del comportamiento de “los criminales más terribles de la historia reciente de nuestro país” no aparece con precisión, sino más bien se trata de referencias que se llevan a cabo en otros países

psicológicos y fisiológicos que predisponen, al “estilo de vida criminal”.

6. **“Juana Barraza, la ‘Mataviejitas’**. En el sexto y último capítulo la doctora Ostrosky plantea el caso de Juana Barraza, conocida como “La Mataviejitas”, multihomicida que en la ciudad de México privó de la vida a varias mujeres ancianas entre noviembre de 2003 a enero de 2006.

Al inicio de este capítulo la autora considera fundamental los estudios a determinar el perfil neuropsicológico de aquellos sujetos catalogados como asesinos múltiples y de los clasificados como homicidas.

La doctora Feggy Ostrosky-Solís describe que tuvo la oportunidad de contactar a autoridades de algunos centros de reclusión y coordinar las investigaciones de un equipo multidisciplinario que estudio a “muchos de los más temibles criminales de la historia reciente”, sin precisar los centros de reclusión, ni el número, ni identificación de los criminales a los cuales se aplicaron fundamentalmente estudios para determinar el perfil neuropsicológico y de los “clasificados” (sic) como homicidas. Es decir, para la doctora Ostrosky-Solís, deben estudiarse el tema de los que cometieron varios asesinatos, de aquellos que sólo realizaron uno, a fin de determinar las diferencias neuropsicológicas del comportamiento de unos y otros, y establecer factores psicológicos y sociológicos en su forma violenta de actuar (pág. 183).

Escribe la autora que poco a poco la neuropsicología de estos criminales fue “desvelando (sic) sus más velados secretos” y se comenzaron a percatar de que:

“existen elementos suficientes para establecer algo así como un patrón, es decir, una serie de factores sociales, neurológicos y psicológicos que podrían ser el perfecto caldo de cultivo de una personalidad violenta y criminal... Además, había algunas características biológicas que mostraban signos diferentes entre asesinos múltiples y homicidas a secas. Los resultados de todas estas investigaciones fueron escritos por varios autores en tesis académicas y publicadas en diversos artículos especializados. Pero lo más importante es que se logró crear un banco de datos de la historia de vida y la Psicología de un gran número de criminales mexicanos. Un auténtico lujo que pocos sistemas de justicia en el mundo pueden presumir” (pág. 184).

A nuestro juicio, la autora al señalar que “se pudo establecer algo así como un patrón”, emplea una terminología imprecisa, incumpliendo con la precisión que exige una obra científica, y a lo anterior agrega los términos “podían ser el perfecto caldo de cultivo”, lo que coloca los resultados del supuesto patrón en un marco de posibilidad; y en ese tenor aparece la imprecisión al referirse “a algunas características biológicas, y todo lo anterior despierta duda sobre el banco de datos que menciona, donde no encontramos citados los nombres de los autores de las tesis, ni datos de las publicaciones de los artículos especializados en que aparecen los estudios que permitieron elaborar ese banco de datos.

Al ocurrir los asesinatos de “La Mataviejitas”, afirma la doctora Ostrosky que en la base de datos no aparecía ningún asesino serial entre los homicidas y multihomicidas que cumplieran con las características de asesinos en serie, o sea, que de acuerdo a los estudios que ella menciona, no existían asesinos seriales al año de 2006.

Reseña pormenores de la vida de Juana Barraza y al estudiar su caso como uno de asesino serial considera que encontrar un perfil específico de este tipo de delincuente no es una tarea fácil. Agrega que se puede asociar la personalidad antisocial con el asesino en serie y se ha propuesto vincularlo con la conducta psicópata y que aunque se dispone de mucha información acerca de cómo identificar y medir la psicopatía, se “sabe poco de los trastornos cerebrales asociados a ella y los factores que la disparan” (pág. 202).

No obstante lo anterior, la doctora Ostrosky explica que para conocer los motivos de la conducta de Juana se le aplicaron una batería de pruebas neuropsicológicas para explorar su perfil cognoscitivo, rasgos de personalidad, características electrofisiológicas y el procesamiento mental. De la entrevista neuropsiquiátrica se descartó que la conducta violenta de Juana estuviera asociada a alteraciones neurológicas, trastornos psiquiátricos, personalidad límite, retraso mental, traumatismo craneoencefálico, depresión bipolar, síntomas



JUANA BARRAZA “La Mataviejitas” es uno de los criminales más célebres de México, desde el grupo conocido como “Poquianchis”.

psicóticos, demencia, delirio o algún desorden asociado con ingesta de drogas (pág. 205).

Sin embargo, Ostrosky, en la evaluación electroencefalográfica de Juana Barraza, arroja datos que coinciden con alteraciones que se detectaron en las pruebas neuropsicológicas (pág. 207).

No queda claro, a nuestro juicio, el hecho de que la autora afirme que de la conducta violenta de esta asesina se debe descartar esté asociada a alteraciones neurológicas y dos páginas después se diga que en la evaluación electrofisiológica datos coinciden con alteraciones que se detectaron (?) en las pruebas neuropsicológicas. Tal parece que existe contradicción entre una y otra explicación.

Más adelante la doctora Ostrosky, en la página 216, señala que a nivel cerebral Juana presenta anomalías en su comportamiento con los lóbulos frontales, los que se encontraron en la valoración neuropsicológica y que en ese plano (neuropsicológico) “un funcionamiento prefrontal reducido puede traducirse en una pérdida de la inhibición o control de estructuras subcorticales”.

Vuelve la autora a plantear anomalías cerebrales que pueden afectar la conducta, pero anteriormente descartó la conducta violenta de Juana asociada a alteraciones neurológicas. Más aún, en el estudio de psicopatía la autora escribe, como ya se mencionó, en la pág. 202 “se sabe poco acerca de los trastornos cerebrales asociados a ella y los factores que la disparan”. Es decir, este terreno de las investigaciones se encuentra en intensos debates de carácter científico que arrojan resultados aún por confirmar, pues a veces son contradictorios, y sin embargo de la lectura del trabajo de la doctora puede inducirse al lector de que ya se llegó a conclusiones definitivas.

En el asesinato de Juana Barraza, a nuestro juicio, no se aborda la posibilidad de motivaciones más prosaicas, como pueden ser las de robo a las víctimas de sus pertenencias. Tampoco se abunda en el móvil sexual el que prácticamente se pasa por alto, cuando éste es uno de los elementos fundamentales en las agresiones sádicas del asesino serial.

APRECIACIÓN DE LA OBRA MENTES ASESINAS

La obra se presenta al lector como una investigación científica; sin embargo, a nuestro juicio ni desde el punto de vista de fondo ni tampoco de forma el trabajo cumple con los requerimientos de un trabajo de esta índole, es decir, no es objetivo, preciso, sistemático, no es claro, no cita con la exigencia de una investigación la bibliografía que la apoye, no aparece señalado si la autora llega a transcribir algún párrafo de los autores o investigaciones que cita y se



EN EL LIBRO se citan más casos de extranjeros que de mexicanos, uno de estos ejemplos es el colombiano Luis Alfredo Garavito.

deduce que todo lo explicado se debe a la autora, pues no existe una sola referencia entrecomillada.

A veces aparecen datos que pueden considerarse oscuros, poco claros y aun contradictorios, como se apunta a lo largo de esta exposición.

Lo más cuestionable, a nuestro juicio, consiste en que la obra induce o propicia el error del lector de arribar a conclusiones equivocadas, es decir, se plantea el trabajo como resultado de que ya han identificado biológica, fisiológica, psicológica y psiquiátricamente los factores de la conducta violenta, sobre todo de las que aplican a multihomicidas y homicidas, porque “ya se ha podido penetrar en el funcionamiento del cerebro”, y de que “todos somos un psicópata en potencia”.

Este trabajo, a nuestra consideración se puede calificar de pseudocientífico, es decir, aparentemente se presenta con el rango de científico, pero adolece de las deficiencias que ya se han señalado.

Más bien se trata de obra de divulgación de temas que pueden apasionar al lector, pues la materia de la criminalidad y particularmente de los llamados asesinos seriales es particularmente atractiva.

Una última consideración. Nunca he tenido la oportunidad de tratar a la doctora Feggy Ostrosky-Solís, ni he tenido acceso a alguna de sus investigaciones. Comparto su interés sobre los temas que aborda y considero que por su preparación y experiencia puede aportar a la criminología, y particularmente a la psicología criminal, trabajos que redunden en el avance de estas ciencias en nuestro país, muy superiores a *Mentes asesinas*.